

para saber de él mis secretos; pero ha errado usted el camino de medio á medio. Ahora menos que nunca debe esperar de mí un maravedí; antes yo me recelaré de usted como de un pícaro refinado... —Mátame con ese sable, le dije interrumpiéndole, mátame, antes de que me lastime tu lengua con tales baldones, y baldones proferidos por un amigo. ¿Este es, Anselmo, tu cariño? ¿estas tus correspondencias? ¿estas tus palabras? ¿Qué más dejas para un soez de la plebe, cuando tú, que te precias de noble, obras con tanta bastardía que, no sólo no pagas los beneficios, sino que obstinadamente finges no conocer al mismo á quien se los debes? Anselmo, amigo, ya que no te compadeces de mí como del que lo fué tuyo, compadécete á lo menos como de un infeliz que se acoge á tus puertas. Bien sabes que la religión obliga á todos los cristianos á ejercitar la caridad con los amigos y enemigos, con los propios y los extraños, y así, no me consideres un amigo, considérame un infeliz, y por Dios...

—Por Dios, dijo aquel tigre, que se vaya usted, que es tarde, y ya me es sospechosa su labia y su demora. Sí, ya creo que será un ladrón y estará haciendo hora de que se junten sus compañeros para asaltar mi casa. Váyase enhoramala antes que mande llamar la guardia del vivac.

—¿Qué es eso de ladrón? le dije lleno de ira; el

ladrón, el pícaro y el villano serás tú, mal nacido, canalla, ingrato.

No se atrevió Anselmo á hacer uso del sable, como yo temía; pero hizo uso de su lengua. Comenzó á gritar *¡auxilio, auxilio... ladrones... ladrones!* cuyas voces me intimidaron más que el sable, y temiendo que se juntara la gente y me viera en la cárcel por este inicuo, me salí de su casa renegando de su amistad y de cuantos amigos hay en el mundo, poco más ó menos parecidos al infame Anselmo.

Como á las ocho de la noche y abrigado con su lobreguez, me interné por la ciudad muerto de hambre y de cólera contra mi falso y desleal amigo. — ¡Ah! decía yo; si me hallara ahora con el brillante que le regalé ayer á la puerca de su amiga, tendría qué vender ó qué empeñar para socorrer mi hambre; pero ahora ¿qué empeñaré ni de qué me valdré, cuando no tengo cosa que valga un real sino la camisa? Mas ¿será posible que me quite la camisa? No hay remedio; no tengo cosa mejor, yo me la quito.

Haciendo este soliloquio, me la quité, y como estaba limpia y casi nueva, no me costó trabajo que me suplieran sobre ella ocho reales, con los que cené con hartas apetencias y compré cigarros.

En las diligencias del empeño y de la cenada se me fué el tiempo sin advertirlo, de suerte que cuando salí

del bodegón eran las diez dadas, hora en que no hallé ningún arrastraderito abierto.

Desconsolado con que no me podían valer mis antiguas guaridas, determiné pasarme la noche vagando por las calles, sin destino y temiendo en cada una caer en manos de una ronda, hasta que por fortuna encontré por el barrio de Santa Ana una accesoria abierta con ocasión de un velorio.

Me metí en ella sin que me llamaran, y ví un muerto tendido con sus cuatro velas, seis ú ocho leperuscos haciendo el duelo, y una vieja durmiéndose junto al brasero con el aventador en la mano.

Saludé á los vivos con cortesía, y dí medio real para ayuda del entierro del muerto.

Mi piedad movió la de aquellos prójimos, y recibiendo sus agradecimientos me quedé con ellos en buena paz y compañía.

Cuando llegué estaban contando cuentos; á las doce de la noche rezaron un rosario bostezando, cantaron un alabado muy mal y se soplaron cada uno un tecomate de champurrado muy bien, sin quedarme yo de mirón.

Como á la una de la mañana se acostó la vieja y roncó como un perro, y porque no hiciéramos todos lo mismo, sacó un caritativo una baraja y nos pusimos en un rincón á echar nuestros alburitos por el alma del difunto.

A mí se me arrancó brevecito, como que mi puntero era muy débil y la suerte estaba decidida en mi contra. Sin embargo, me quedé barajando de banco por ver si me ingeniaba; pero nuestra velita se acabó y no hubo otro arbitrio que tomar un cabo prestado al señor muerto.

Antes de esto habían cerrado la accesoria, temiendo no pasara una ronda y nos hallara jugando. Quién sabe quién cerró, ni quién tenía la llave: el cuartito era redondo y tenía una ventana que caía á una acequia muy inmundada; el envigado estaba endemoniado de malo, y al muerto lo habían puesto, sin advertirlo, en una viga, á la que le faltaba apoyo por un extremo; con esto, al ir uno de aquellos tristísimos dolientes por el cabito para seguir jugando, pisó la viga en que estaba el cadáver por donde estaba sin apoyo, y con su peso se hundió para adentro, y como levantó la viga, alzó también el cuerpo del difunto, lo que, visto por mí y mis camaradas, nos impuso tal horror, creyendo que el muerto se levantaba á castigarnos, que al punto nos levantamos todos atropellándonos unos á otros por salir, y gritando cada cual las oraciones que sabía.

Fácil es concebir que luego luego nos quedamos á obscuras, pasando y aun dando de hocicos sobre el muerto y el hundido, que sin cesar gritaba que se lo llevaba el diablo. La infeliz vieja no lo pasaba mejor,

pues todos caíamós sobre ella la vez que nos tocaba; cada encontrón que se daba uno contra otro pensaba que se lo daba con el muerto; crecía la aflicción por instantes, porque no parecía la llave, hasta que uno advirtió abrir la ventana y salir por ella. A su ejemplo todos hicimos lo mismo sin acordarnos de la acequia para nada. Con esto unos tras otros fuimos dejándonos caer en ella, y salimos hechos un asco de lodo y algo peor; pero al fin salimos sin hacer el menor aprecio de la pobre vieja, que se quedó á acompañar al difunto. Cada uno se fué por su parte á su casa, y yo á la del más trapiento de todos, que me manifestó alguna lástima.

Luego que llegamos á ella despertó á su mujer y le contó el espanto con la mayor formalidad, diciéndole como el muerto se había levantado y nos había golpeado á todos. La mujer no lo quería creer, y en la porfía de si fué ó no fué, se nos pasó lo que faltaba de la noche, y á la luz del nuevo día creyó la mujer el espanto al ver lo descolorido de nuestras caras, que por lo que toca á la despeñada que nos dimos en el cieno, no puso la menor duda, porque luego que entramos se lo avisaron sus narices, y aunque no había luz, ella creía que estábamos maqueados más que si lo viese.

En fin, la pobre lavó á su marido y á mí de pilón, quedándonos los dos cobijados con una frazada vieja entretanto se secaron los trapos.

Aunque los míos se encerraban en dos, á saber: el cotón y los calzones, porque el sombrero y guarachas se quedaron en la campaña, se tardaron en secar una porción de tiempo, de modo que ya mi amigo estaba vestido, y yo no podía moverme de un lugar.

La pobre mujer me dió un poco de atole y dos tortillas; lo bebí más de fuerza que de gana, y después, para divertir mi tristeza, amolé un carboncito, le hice punta, y en el reverso de una estampa que estaba tirada junto á mí, escribí las siguientes décimas:

*Aprended, hombres, de mí,
Lo que va de ayer á hoy;
Que ayer conde y virrey fui
Y hoy ni petatero soy.*

Ninguno viva engañado
creyendo que la fortuna,
si es próspera, ha de ser una
sin volver su rostro airado.
Vivan todos con cuidado,
cada uno mire por sí,
que es la suerte baladí,
y se muda á cada instante:
yo soy un ejemplo andante:
Aprended, hombres, de mí.

Muy bien sé que son quimera
las fortunas fabulosas,
pero hay épocas dichosas,
y llámense como quiera.
Si yo aprovechar supiera
una de éstas, cierto estoy
que no fuera como voy;
pero desprecié la dicha,

y ahora me miro en desdicha:
¡lo que va de ayer á hoy!

Ayer era un caballero
con un porte muy lucido;
y hoy me miro reducido
á unos calzones de cuero.
Ayer tuve hartó dinero;
y hoy sin un maravedí,
me lloro ¡triste de mí!
sintiendo mi presunción,
que aunque de imaginación
ayer conde y virrey fui.

En este mundo voltario
fui ayer médico y soldado,
barbero, subdelegado,
sacristán y boticario.
Fui fraile, fui secretario,
y aunque ahora tan pobre estoy,
fui comerciante en convoy,
estudiante y bachiller.
Pero ¡ay de mí! esto fui ayer
y hoy ni petatero soy.

Luego que concluí mis coplillas, las procuré retener en la memoria y las pegué con atole en la puerta de la casita.

Ya mi algodón estaba seco, pero los calzones estaban empapados, y yo, que estaba desesperado por salir en busca de nuevas aventuras, no tuve paciencia para aguardar á que los secara el sol, sino que los cogí y los puse á secar junto al *tlecuil* ó fogón en que la mujer hacía tortillas; mas habiendo salido á desaguar, cuando volví los hallé secos, pero achicharronados.

No puedo ponderar la pesadumbre que tuve al ver todo mi equipaje inservible. El amigo, luego que se informó de mi desgracia, me dió un poco de sebo de vaca, y me aconsejó que les diese una friega con él para que se suavizaran un poco.

En efecto, les apliqué el remedio, y quedaron más flexibles, pero no mejores, porque en donde les penetró bien el fuego, no valieron diligencias; saltaron los pedazos achicharradós y descubrieron más agujeros de los que eran menester; lo que no me gustó mucho, pues no tenía calzones blancos. Ello es que yo me los encajé, y como estaban ennegrecidos del hollín y llenos de agujeros, resaltaba lo blanco de mi piel por ellos mismos y parecía yo tigre.

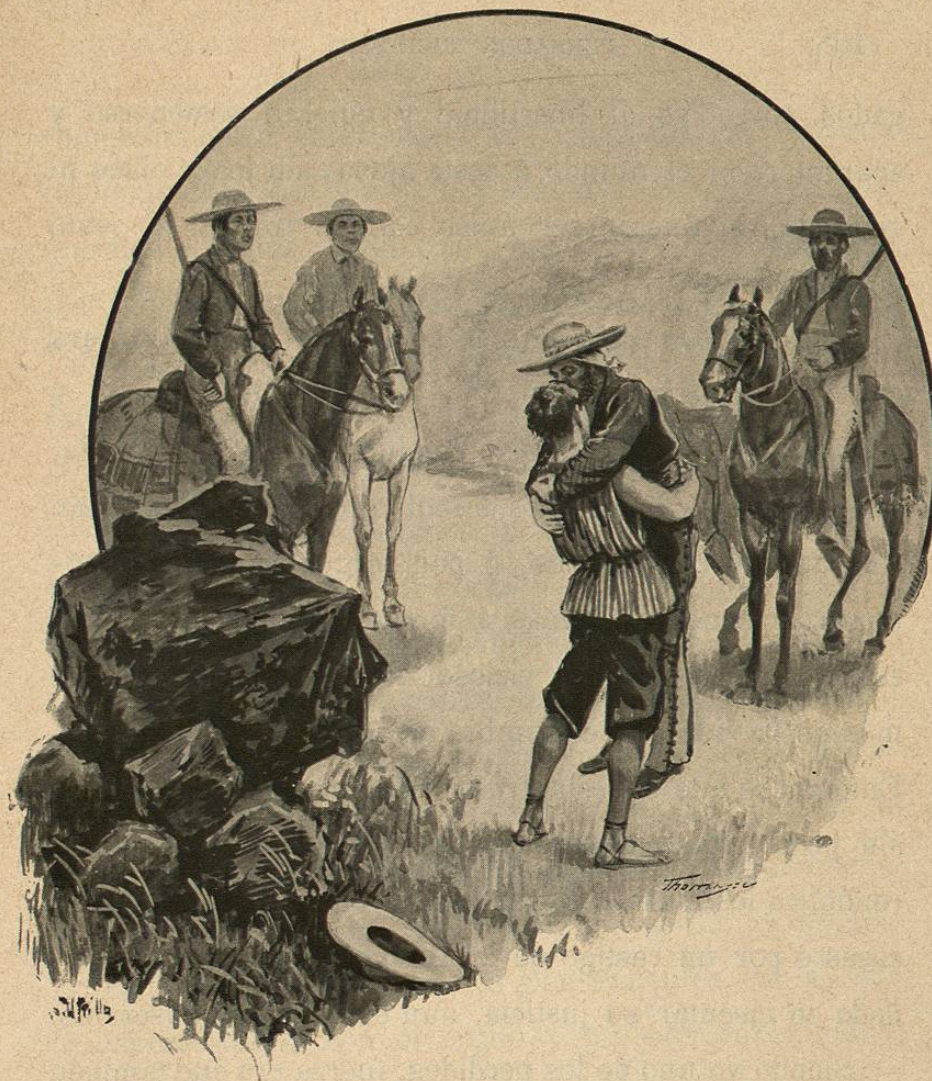
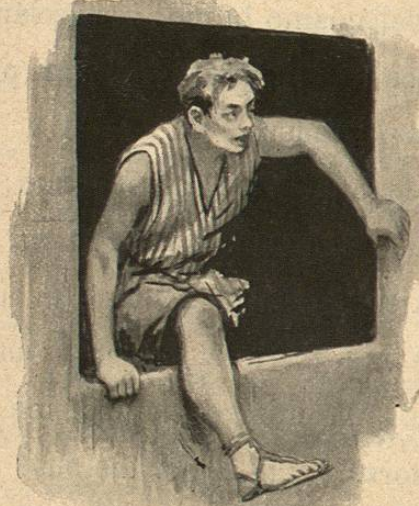
Advirtiendo esta ridiculez y queriendo remediarla, tomé un poco del mismo humo, y mezclándolo con otro poco de sebo, hice una tinta y con ella me pinté el pellejo, quedando así más pasadero.

Los dueños de la casa me compadecían; pero se reían de mis arbitrios, y sabedores de que mi intención era salirme de México en aquel instante á buscar fortuna, me dijeron que me fuera á Puebla, que allí tal vez hallaría destino. Al mismo tiempo me dieron unos frijoles que almorzar, y la mujer me puso un *itacate* de tortillas, un pedazo de carne asada y dos ó tres chiles. Todo esto me lo envolvió en un trapito sucio, y yo me lo até á la cintura.

Así, después de haber almorzado y dádole las gracias, busqué un palo para que me sirviera de bordón, alcé un sombrero muy viejo de petate que estaba tirado en un muladar, me lo planté, me despedí de mis hospedadores y tomé el camino de la garita de San Lázaro.

Llegué al pueblo de Ayotla, donde dormí aquella noche sin más novedad que acabar, por vía de cena, con mi repuesto.

Al día siguiente me levanté temprano y seguí mi camino para Puebla, manteniéndome de limosna hasta llegar á Río Frío, donde me sucedieron las aventuras que vais á leer en el capítulo que sigue.



CAPITULO IX

En el que Periquillo refiere el encuentro que tuvo con unos ladrones; quiénes fueron éstos; el regalo que le hicieron y las aventuras que le pasaron en su compañía

Nada de fabuloso tiene la historia que habéis oído, queridos hijos míos; todo es cierto, todo es natural, todo pasó por mí, y mucho de este todo, ó acaso más, ha pasado, pasa y puede pasar á cuantos vivan entre-